

TURISTAS DEL DHARMA

Colección Atenea



Turistas del dharma

© 2019, Editorial Hermenaute

© 2019, Albert Franquesa

1.^a edición: abril de 2019

ISBN: 978-84-947693-7-5

Depósito legal: B 9072-2019

ILUSTRACIÓN DE CUBIERTA: Marta Torres

FOTOCOMPOSICIÓN: Printcolor

Impreso en Santa Perpètua de Mogoda, Barcelona.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o utilizada de ninguna manera ni por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluido fotocopia, filmación o a través de cualquier otro sistema, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*.

www.hermenaute.com

TURISTAS DEL DHARMA

ALBERT FRANQUESA



Índice

Prólogo, El dharma, Bowles y los selfis, 9

Free Hugs (Abrazos gratis), **13**

Wantan Mee, **47**

Ayam Free, **79**

Baobabs, **109**

Menshan, la montaña sagrada, **123**

Feliz Año Maya, **139**

13 soles, **151**

El río, **165**

La habitación del sueño, **205**

Navidades en Las Palmas, **213**

La cerveza proustiana, **235**

Isla Diablo, **251**

Prólogo

EL DHARMA, BOWLES Y LOS SELFIS

En su libro *Los vagabundos del dharma* (1958), Jack Kerouac aborda de modo filosófico conceptos como el fracaso y la búsqueda obsesiva de la identidad espiritual, del equilibrio evocado, del *dharma*. En él, unos jóvenes *outsiders* y sin posibilidad de ubicación en un mundo con demasiadas reglas buscan tomar las riendas de su propio destino. Para ello se desplazan a altas montañas desde las que soñar un libre albedrío perfecto y en total equilibrio. ¿Pero realmente eso es posible desde el punto de vista de un occidental aquejado por su perpetuo egoísmo y su superioridad moral? En este libro referente para varias generaciones, en el que Kerouac aparece como Ray Smith, los niveles de proyección anímica del hombre blanco se tributan a través del alcohol, la experimentación con drogas y las orgías, y esa evocación del *dharma* no es más que una idea peregrina que se aloja en un lugar indeterminado entre el postureo y la obligación por cifrar el caos en una poética concreta, de improbable racionalidad. A la sazón, algo tan del primer mundo que finalmente deriva en cierta ingratitud cósmica cuando no en trauma generacional.

La literatura de viajes, evocados, físicos e incluso anímicos, casi siempre ha adoptado esa tesitura egoísta y aleccionadora propia, ya no tanto de los viajeros o los exploradores del siglo XIX, que también, como de las hordas de turistas británicos que comenza-

ron a «manosear» Italia, Grecia u otros destinos populares del Viejo Continente con la determinación simplista y beoda del que se apropia de un cuadro o especula con un relicario. Ese turismo de clase media-alta, tosco y grotesco, es en parte la materia que nos ocupa en este libro de relatos perpetrado con irónica inteligencia y poética exposición por parte de su autor, Albert Franquesa. Al menos, en sus primeros relatos, que es donde el escritor maneja con autoridad ese *alter ego* del bochornoso viajero masculino de pies inquietos, conducta chusca y estúpida percepción del viaje como obligación, reto, aprendizaje feroz de la vida, o vaya usted a saber qué.

Turistas del dharma es un anti libro de viajes, pese a sus exquisitas descripciones, sus detalles, su envolvente catálogo gastronómico, sus *dumplings* o sus camastros chirriantes. En este libro no se evocan las impresiones, los acontecimientos y los sentimientos a la manera de la literatura de Bruce Chatwin, Norman Lewis o Robert Byron. En este atípico conjunto de relatos, el hombre es una fiera domada por el miedo y la confusión, y su tránsito por diversos lugares del mundo provoca paraísos marchitos, cadavéricos, prohibidos y esquivos. Sí, en cambio, entiendo que algo del feroz dandismo, casi científico, de algunos relatos desnudos de Paul Bowles conectan la literatura honesta de Franquesa; aquellos en los que la brutalidad del paisaje hostil es una sinfonía de otro mundo al lado del alma negra del viajero calzado, con el pañuelo anudado al cuello y el sombrero panamá bien calado. El tratamiento de ese ego e imperfección del turista, en ocasiones vergonzante, asoma paralelismos con ciertos relatos de Bowles, por ejemplo, los del libro *Cabezas verdes, manos azules* (1957). Pero alejémonos por un momento de ese halo exótico y atrayente, pues con *Turistas del dharma* tenemos, y sin salir de esa evocación a Bowles, un campo virgen por explorar: un juego de contraste cultural que persigue

retratar la relación con la realidad de, por ejemplo, el matrimonio que conforman Port y Kit Moresby en la famosa novela *El cielo protector* (1949), pero desde la óptica del viajero circunstancial. Fijando nuestra atención en esta última novela vale la pena echar un ojo a los códigos del viajero y sus lugares comunes, como ese pesado de Eric Lyle y su madre, turistas occidentales aburridos y remotamente espirituales que siempre aparecen para colocar un comentario fuera de lugar. Esa mirada crítica está muy presente en relatos de Albert Franquesa como «Wantan Mee» o «El río». Pero es este singular libro de viajes, en «modo turista», también una guía al descenso del alma, y es que otra de las conjeturas que baraja es el palpito de que el turista ocasional también puede convertirse, tras una mala racha, en víctima exótica, indígena, atosigada en su jungla de hormigón por hordas de viajeros pudientes de la tercera edad, algo que acontece en el muy ballardiano relato «Navidades en Las Palmas». Y es que el viaje para el turista es en esta vibrante antología un paseo por un volcán activo en busca del selfi perfecto; aquí, el teléfono móvil, o lo sujeto a su pantalla, es todo lo que importa, y el viaje se da por las redes sociales y se impone la convicción de que el *dharma* ya no es un ideal imperante, el *dharma* es Instagram y el momento, la foto perfecta que todo occidental anhela para pasearla por las narices del semejante. Poco más que apuntarles que no deban descubrir por ustedes mismos. Muestren sus billetes y disfruten de este compendio de espléndidos relatos con ligero aroma a azufre y champán.

Lluís Rueda

Nota del editor: Si encuentras un anglicismo sin marcar no es un error. En esta antología de relatos hemos optado por no señalar los extranjerismos con cursivas. También hemos respetado el vocabulario que se emplea en Latinoamérica u otros países. Queríamos trasladar al texto la extrañeza del viajero que se traslada por primera vez a un lugar desconocido, así como el lenguaje, básicamente un inglés mal hablado, que comparten los hoteles, ferias y encuentros de negocios orientados al público internacional.

FREE HUGS (ABRAZOS GRATIS)

LUNES

Es un cruce múltiple a cuatro bandas con cinco pasos de cebra. Es un hormigueo de peatones en todas direcciones. Es una locura metódica a golpe de semáforo. Cinco millones de peatones lo cruzan a diario. Es «el barullo», el famoso Scramble de Shibuya. De las pantallas pixeladas de los edificios, centellea en las retinas una lluvia de imágenes. El hilo musical toma las calles aunque nadie baila. Es como estar en un spot televisivo sin interrupciones.

Una marea negra de trajes y corbatas, tacones de aguja y pestañas postizas —de prisas por llegar o huir de alguna parte— inunda las calles del Scramble como un tifón. De día y de noche, el neón eterniza el movimiento. Shibuya maquilla sus penas a base de chutes de luz polarizada. Y Javi está encantado de la vida. Atraviesa el barullo con la ilusión del recién llegado. Y cuando cruza al otro lado, se da media vuelta y vuelve a cruzar. Estaría así toda la vida. Cruzando de un lado a otro. Saltando de un lado a otro. Siendo uno, siendo todos, siendo nadie: mezclándose, fundiéndose, confundiendo. Tratando de chocar como una bola de pachinko con los demás transeúntes para desencadenar algo —un aleteo perturbador, una carambola inesperada, lo que sea—, pero los tokiotas lo esquivan sin inmutarse. Y es entonces cuando se detiene, levanta la vista al cielo neblinoso de Tokio y mira directamente a los ojos de neón de Dios rompiendo a reír a carcajadas.

06.45 a. m. El silencio absoluto impera en los vagones de tren. En un cartel, un cerdito policía mano en alto ruega no hacer llamadas telefónicas. Los smartphones silenciados, los ebooks blancuecinos; el sueño a estas horas, la nada budista. Mejor te embozrachas en casa, aconseja un osito panda revisor en otro cartoon. Todo ayuda a mantener ese mutismo civilizado que aturde como un grito silencioso. Javi advierte que el vagón está lleno de mujeres. Una viñeta muestra los peligros del rizado de pestañas y del maquillaje de ojos durante el trayecto. Las orientales y en especial las japonesas siempre le fascinaron. Su belleza exótica, evasiva; sus ojos oblicuos como una puesta de sol, y un cutis de claro de luna. Mujeres de sensualidad aniñada.

El móvil vibra. Whatsapp de Susi con encargo cosmético. O de Motorecambios Vallés Puch y una nueva e impaciente propuesta para los de HKSY Ichimayi. Javi sigue fascinado ante la elegancia de las mujeres del vagón. Como recién salidas de la peluquería, enfundadas en traje chaqueta oscuro, camisa blanca, medias finas y tacones de aguja. El look ejecutivo contrasta con la timidez de los gestos, la voluptuosidad de los labios y de las pestañas rimeladas. Acuden a las corporaciones del distrito financiero de Shinjuku como geishas posmodernas.

Shunya. ¿Cómo será Shunya? Podría ser una de estas chicas esbeltas y sofisticadas, de sonrisa cálida y lejana. Entonces se percata de que es el único hombre del vagón. Se sabe rodeado por más de cincuenta mujeres y fantasea con la idea de quedar atrapado allí, en medio del túnel, con todas ellas. Tiene la sensación de que, por la manera particular que tienen de ignorarlo, están muy pendientes de su presencia. No lo miran por indiferencia sino por educación, por cortesía, por timidez quizás. Él es un gaijin, un businessman occidental en traje casual y Shinjuku es la próxima parada. Al abrirse las puertas, Javi tropieza con la señal en el suelo del andén,

el vagón del que acaba de salir es de uso exclusivo para mujeres. Avanza algo avergonzado y con disimulo de pequeño delincuente.

El ascensor se detiene en el piso veinticinco del Shinjuku Center Building. Camina intimidado sobre la moqueta de una larga planta de recintos separados por paneles acristalados. Javi ha negociado ya algunos contratos para Puch y tampoco es su primer viaje de negocios, pero sí su primera vez en Japón. Le inquieta ir descalzo, no oír sus propios pasos, llevar un DIN A4 garabateado en japonés que va enseñando a los oficinistas, quienes inclinados en una leve reverencia, asintiendo —*Hai*— y murmurando una bienvenida —*Irasshaimase*— lo van guiando por el laberinto translúcido de cubículos. Shunya resulta ser un tipo de pelo canoso, encamisado y encorbatado en un traje negro, el mono de trabajo del japonés medio. Medirá metro sesenta y rondará los cincuenta años. Tiene una verruga en la mejilla derecha y una barriga discreta. Se deshace en repetidas reverencias que Javi trata de corresponder con un crujir de lumbares. Gómez san, ¡bienvenido a Ichimayi! De su cartera sacará una tarjeta de presentación para corroborar que es él, Shunya Yakimoto, su asistente y acompañante durante su estancia en Japón.

Después de la primera confusa y dilatada reunión con algunos gestores de cuentas y comerciales para el área española —mucho reverencia, irasshaimases e intercambio de tarjetas ofrecidas siempre bien agarradas con las dos manos—, Shunya insiste en mostrarle el distrito de Shinjuku. Javi, un poco grogui, no se resiste. Un paseo le despejará.

El edificio del gobierno metropolitano de Tokio, a escasos minutos de allí, promete un buen inicio. El interior no parece gran cosa, pero desde la planta cuarenta y cinco, a doscientos metros del suelo, las vistas panorámicas impresionan. Un horizonte de asfalto se extiende de forma ilimitada. La ciudad entera parece una ma-

queta recorrida por trenes elevados. Las largas avenidas son como heridas entre los rascacielos de un mundo en miniatura donde los coches son de juguete y las personas, hormigas.

—Trece millones de habitantes —dice Shunya frente a la pared de vidrio— y si le añadimos la zona metropolitana, más de treinta y cinco millones.

—Vaya hormiguero. Estas vistas te hacen sentir tan insignificante... —suspira Javi a su lado. El móvil vibra en el bolsillo. Hora punta en España. Recordatorio de Susi y una demanda de primeras impresiones de Puch—. Qué pequeños y estúpidos parecen nuestros problemas desde aquí...

—*Mujo*¹. Nada dura para siempre. Somos una gota del rocío.

Ante las muestras de fatiga del gaijin, Shunya lo lleva a cenar a un kaiten sushi. Sentados en una barra a tres bandas, palillos en ristre, siguen con la mirada los platitos que salen directamente de la cocina por la cinta giratoria. Son de distintos colores según el precio y los precedidos por un cartel se preparan al momento según demanda. Los cocineros vestidos de chef despachan laboriosamente, a la vista de todos, los montaditos de arroz prensado a mano con una amplia variedad de pescado crudo. Javi se siente más operario de una cadena de montaje que comensal en este ambiente fabril. Una atentísima y sonriente camarera les sirve una cerveza que ayudará a lubricar la conversación. Shunya enciende un cigarrillo no sin antes ofrecerle uno a un estupefacto y exfumador Javi que lo rechaza cortésmente. No recuerda haber visto a nadie fumar por la calle, no se ha fijado. Sin embargo, hay ceniceros en la barra y Shunya no es el único fumador del local.

Durante la cena hablan de la afición al motor en España, de los buenos corredores que ha legado a Suzuki, Yamaha y Honda.

1 «Todo es transitorio» en japonés.

Shunya se deshace en alabanzas a la potente escuadra española en MotoGP y Javi se divierte adivinando los nombres de Márquez, Viñales y Espargaró en boca de Shunya. Para devolverle la cortesía, recita con esfuerzo unos pocos nombres. Shimizu y Kobayashi, Takada y Unemoto. Shunya asiente con reverencia. Pilotos valientes y duros; corazón y gas. Piden más cerveza. El sushi sigue en su circuito y a Javi le divierte arrancarlo en la última curva, antes de que los platitos entren disciplinadamente en los boxes de cocina. Se lamenta de la tragedia que persigue a los corredores japoneses, Wakai, Kato, Tomizawa. La maldición que alcanza a toda gran promesa nipona. Shunya asiente cabizbajo y compungido. Javi siente la tentación de preguntarle si tiene moto, pero sería meterse en un jardín. Él ha cabalgado sobre todo la Montesa de Honda. Ahora solo le queda la Ossa Enduro E-73 250 de herencia paterna, preciosa, en perfecto estado, que ya no saca a escondidas de Susi ni para un trote corto. Más cerveza y hablan de la importación de motorrecambios y accesorios y de la nueva distribuidora. Hablan de la crisis de estancamiento de la economía japonesa y de la debilidad del yen, que tanto debería favorecer la exportación según Javi. Shunya se queja de la competencia comercial de China y Corea. Japón está en crisis y los sempiternos enemigos lo aprovechan, pero todo mejorará pronto. Shunya está orgulloso de su país. Pese a todo, Japón se mantiene a flote.

—Solo tenemos un cuatro por ciento de paro.

—¡Increíble! ¿Y cómo lo hacéis?

—Trabajando. El trabajo es un deber. Hay que trabajar para tener una vida honorable. Colaboración y esfuerzo. Que Japón funcione depende de todos y cada uno.

—¿Sin fricciones, sin protestas?

—Con sentido del deber y respeto.

Shunya levanta el casco vacío de cerveza y la camarera, servicial y sonriente, trae otra de inmediato. Javi se sorprende de la extremada rapidez y cordialidad del servicio, aderezado siempre con una sonrisa y una reverencia que incluso parecen sinceras.

—Es tan amable la gente aquí...

Shunya asiente con la cabeza y un nigirisushi entre los palillos.

—Si vas a hacer algo, hazlo bien. Lo que tengas que hacer, hazlo bien. Entrégate.

El gaijin occidental asiente al mismo tiempo que intenta llevarse a la boca el norimaki de huevas de salmón.

Piden la cuenta que Javi supone abultada, no se ha hecho aún con el cambio del yen. Cocineros y camareros dejan por un instante su actividad en suspenso para gritarles al unísono una agradecida despedida.

Afuera hace frío. Las avenidas son oscuras a estas horas, espejos de asfalto plomizo que apenas reflejan los neones de las cumbres. Javi se deja guiar hasta una línea de metro conveniente, de regreso a Shibuya.

—¿Y cuánto tiempo hace que trabajas en Ichimayi?

—Veintiún años, dos meses y ocho días.

Shunya entró en Ichimayi recién terminados sus estudios y con los años fue cambiando de departamento o ascendiendo, según se mire. Trabajaba en la delegación de Osaka, aunque cada vez lo reclamaban con mayor frecuencia en la central de Tokio.

—¿Y vives en Osaka?

—Claro.

—¿No está un poco lejos?

—Quinientos kilómetros.

—¿Y vienes cada día desde Osaka?

—Solo algunos días. Son tres horas en Shinkansen, el tren bala, muy popular, muy cómodo.

Trabajaba unas diez horas al día. Seis se las podía pasar en tren. Pongamos que dormía una media de seis o siete horas diarias. ¿Cuánto tiempo le quedaba al pobre diablo?

—¿Y cómo es que no te has trasladado a Tokio?

—Tokio es caro. Poco espacio, mucha gente. Mejor Osaka, yo soy de Osaka.

Los días que sale más tarde o cuando tiene una *nomikae*, una de esas cenas de trabajo a la que acude todo el departamento —desde el jefe hasta el último mono—, en las que se come y se bebe hasta reventar parar limar asperezas y malos rollos en la cadena de transmisión de la empresa, Shunya suele quedarse a dormir en el hotel cápsula más cercano.

Javi lo imagina recogido como un embrión en una de esas cápsulas alineadas de película de ciencia ficción. Descamisado, roncando, durmiendo la mona. Como una crisálida, una pupa en su capullo. Un bebé envejecido en una placenta de metacrilato.

MARTES

El reloj marca las 02.07 a. m.. La habitación del hotel es una aurora boreal digital, verde y ectoplasmática, que marca las horas y los minutos. Las 02.29 a. m.. Las 03.04 a. m.. Las 03.47 a. m.. Javi se levanta a mirar por la ventana. Desde su habitación minúscula, se puede asistir al hormigueo constante del Scramble de Shibuya. De madrugada la coreografía baja en intensidad: neones y pantallas deslustrados por el alba, pocos coches, apenas peatones.

El reloj digital marca las 04.27 a. m..

El jet lag ya no es algo exclusivo de la jet set. Cualquiera hoy en día puede coger un avión, volar hasta la otra punta del mundo y experimentar ese dudoso privilegio que nos ha traído el progreso.

Javi se levanta otra vez de la cama y arrastra los pies descalzos por el suelo enmoquetado. El baño es una cápsula incrustada en la habitación, un cubículo de plástico, como el de un avión, donde apenas puede moverse. Es como estar atrapado en una casa de muñecas. En el cagadero de una casa de muñecas. ¿Será ese el famoso minimalismo japonés? El váter tiene un brazo robótico con botones luminosos de nave espacial. Javi se sienta en la taza y mientras sus intestinos trabajan estudia con atención los iconos del panel: un botón dispara el bidé; otro, la ducha anal; otro, desencadena el viaje sideral a las cloacas. Pulsa el botón con la nota negra y suena un gorgoteo acuoso que enmascarará cualquier rugido rectal. Mientras experimenta maravillado el absurdo tecnológico, piensa en los siglos de progreso y civilización humana que han sido necesarios para llegar a esa epifanía futurista. En Tokio no debe haber cortes de luz, ¿trece millones de personas sin poder ir al cagadero?

Por la tarde, Javi se escabulle de una reunión protocolaria más arrastrando a Shunya en su huida. Corren por el pasillo enmoquetado de la planta veinticinco del Shinjuku Center Building como dos estudiantes campaneros. Javi se ríe al ver correr a su asistente a su lado, como si no lo hubiera hecho en su vida. En el ascensor, Shunya respira agitado, nervioso.

—No pasa nada si hoy salimos un poco antes. Esto no avanza. Necesito moverme un poco, aclarar ideas y desconectar. ¿Adónde vamos?

—A estas horas Akihabara, el distrito electrónico, está muy animado. Muy Tokio. Y luego podemos ir paseando hasta Asakusa. Otro ambiente. Hay templos y edificios antiguos años cincuenta.

—¿Está lejos de aquí, Akihabara?

—No, en Chiyoda, en el centro. Veinte minutos en JR. Hay que hacer transbordo.

—¿Pero no estamos en el centro? ¡Esta ciudad es enorme!

Tokio es enorme y un laberinto aéreo y subterráneo. El mapa de transportes es lo más parecido a una tela de araña psicótica. Javi fantasea con la furia de Godzilla arrasando Ciudad Azulona en plan bulldozer radioactivo.

Efectivamente, Akihabara es una de las zonas comerciales más populares de la ciudad. La Disneylandia de la tecnología —móviles, tabletas, ordenadores, videoconsolas, accesorios electrónicos a tutiplén— frecuentada a diario por geeks y otakus, los obsesos de la tecnología y del manga. Revestidos de pantallas publicitarias, los edificios son como mecanos multicolores emulando esa nostalgia retrofuturista de un mundo a imagen y semejanza de Nintendo, Sega, Konami y otras divinidades del panteón de los videojuegos.

—Es como estar dentro de una mente pokémon —dice Javi pasmado—. El futuro es una broma que nos han gastado los dioses adolescentes del manga.

Shunya sonríe y lo empuja a sumergirse en una de las muchas tiendas de la calle principal de Chuodori. Las escaleras automáticas los succionan hasta la primera planta, un templo del manga atestado de gente curioseando los estantes de los largos pasillos. La heroína anime es la protagonista absoluta. Posters, figuritas, revistas y libros explotan y exprimen sonrisas risueñas, poses sexys aparentemente inocentes y la energética juventud de las diosas. Las vitrinas son altares desde los que saludan a sus fieles en un ambiente cargado de testosterona, seducidos por los grandes ojos de canica de las heroínas cuya mirada líquida, soñadora, contiene todas las estrellas del universo, incluidas las siete bolas de dragón. Javi se pasea por la planta con incómoda fascinación, entre escolares en su uniforme y oficinistas en el suyo, todo cotidiana normalidad. Él se quedó apenas en Dragon Ball y Shin Chan. Esos mundos de chicas mágicas nunca llegaron a su imaginario erótico

adolescente, aunque recuerda la delicadeza y el rubor de Sailor Moon, sutil y etérea, melancólica. Constata que las heroínas se han vuelto más virales. Ahora son un verdadero ejército performativo de lo erótico, sensualidad devenida caricatura en los cuerpos esbeltos de cintura estrecha, largas piernas y abundantes pechos esféricos apenas contenidas por un diminuto bikini. Javi no asimila la popularidad de la modalidad colegiala. Una niña con atributos de superhembra en un provocativo uniforme escolar de secundaria. Es indispensable que las braguitas, blancas, asomen por debajo de la falda cortísima. Para completar el fetiche, calcetines o medias también blancas y zapatitos de charol. Las miras y se tapan la boca con la mano, como pilladas en una travesura.

Javi huye mareado de la tienda. Todavía bajo los efectos de sobredosis de anime, entre el bullicio de la multitud, sin saber muy bien en qué plano de la existencia se mueve ahora. Como si la realidad se hubiera evaporado. Todo es fantástico y real al mismo tiempo. Todo es ingenuo y depravado. Infantil y pornográfico. Y no sabría decirlo con exactitud, pero es como si ese mundo animado hubiera invadido el mundo real. En plena calle, una de esas chicas otaku le estampaba sonriente un flyer en los morros. La mirada de Javi viaja del flyer a la chica y de la chica al flyer. Querría tocarla solo para comprobar si es de carne y hueso. Viste como una sirvienta Belle Époque de anime. Liguero, medias de encaje, zapatitos de niña, delantal de volantes y minifalda con cancán... Si hasta lleva cofia y todo.

Shunya, que se ha materializado de repente en la escena, se echa a reír ante el pasmo de Javi. Parece mentira que todavía no haya oído hablar de los maid café.

—Es una camarera. Los maid café son típicos de Akihabara. Aunque ya están de bajón. Hay demasiados.

Y antes de que asimile el concepto cosplay, lo empuja a su interior. En el vestíbulo son recibidos por una chica enfundada en

un uniforme más emperifollado si cabe, todo lacitos y rosa, que los invita con múltiples reverencias a pasar al salón de té. «Bienvenido mi amo», «Bienvenido a casa, señor», saludan, con el falsete propio de los personajes de anime. Javi entra tímidamente. Todas las camareras llevan el mismo uniforme estrambótico, con una minifalda convenientemente corta y una sonrisa convenientemente acogedora. El interiorismo del salón es un híbrido entre bareto de mala muerte y sección infantil de IKEA. Javi y Shunya se sientan en la mesa. Después de otear el menú, la camarera les toma nota entre monerías de agradecimiento. A Javi le traen una hamburguesa sobre la que la criada dibuja un osito con ketchup. «Oh, lindo osito, moe, moe». A Shunya una cara de gatito en la espuma de su capuccino. «Oh, lindo gatito, moe, moe».

Más que a una recreación lúdica del mundo cortesano de Luis XIV, a un juego inocente de fetichismo naïf, a Javi todo aquello le remite a un universo de perversiones sádicas, de latigazos y azotes, de misoginia y misantropía.

—Es solo una cafetería. Tú piensas demasiado.

Tal vez Shunya tiene razón. Los occidentales ven vicio y perversión por doquier. Será el lastre judeocristiano. Como dice la máxima zen: Dejar pasar los pensamientos. Simplemente estar.

—Estas chicas no están aquí para ligar con los clientes —le aclara Shunya—. Nadie puede tocarlas. Solo hacen su trabajo.

—Servir cafés y hamburguesas, moe, moe.

—Aquí uno puede relajarse, sus cuidados y atenciones disipan el estrés.

Al levantarse para salir, las niñas-sirvientas forman disciplinadamente en fila india despidiéndose al unísono. «Adiós, mi amo». «Hasta pronto, señor de la casa».

De camino a Asakusa, en Ueno, apenas diez minutos a pie, tropiezan con un neko café. Gatitos pululando por el suelo y brin-

cando por los sofás. Javi, oliéndose otra frikada, siente la tentación de entrar invitado por las camareras del local. Arigato, gracias, rechaza con la cabeza.

—¿Cómo funciona esto?

—Entras y pides algo. Te dan unos caramelos y los gatitos se acercan a lamer tu mano.

—¿Y luego?

—Luego te vas.

—Ya —dice Javi tontamente decepcionado.

Observa a una chica sentada en el sofá deshaciéndose en caricias y arrumacos con la criatura peluda que lame concienzudamente el caramelo de su mano antes de saltar sobre otro cliente.

—Los cafés de mascotas son muy prácticos. Vienes aquí un rato, acaricias un gato y luego te vas a tu casa. No todo el mundo tiene tiempo para atender una mascota. Es una responsabilidad y un gasto también. A los perros hay que comprarles ropa y sacarlos a cenar de vez en cuando. Los complementos son caros. Y la moda, efímera.

Ya en Asakusa, Shunya lo lleva a una taberna típica japonesa, las izakaya, uno de los pocos anacronismos que se permite un país en constante metamorfosis. Los tokiotas suelen ir a descomprimirse ahí después de la jornada laboral. A fumar, a beber, a picar algo y a sentirse un poco más humanos. Shunya se deshace de sus zapatos en un santiamén y pide una cerveza y unas tapas mientras enciende un cigarrillo, bien repantingado en el tatami y resuelto a la confraternización.

—Estoy casado, sí. Y tengo un hijo —responde Javi.

Javi saca el móvil y le enseña una foto en la que salen su mujer y su hijo de cinco años.

—¿Y tú?

—No estoy casado.

—Pensaba que tenías familia...

—Nadie se casa ya en Japón —dice un Shunya socarrón—. Tal vez en otra época. Estar casado es como tener otro trabajo. Con el que tengo ya es suficiente.

Mientras ríe a carcajadas su propia gracia, Javi lo mira con cara de circunstancias. Es un cliché que los japoneses se casan con su empresa, pero oírlo en boca de su asistente resulta inquietante. No tener esposa ni hijos no lo exoneraba, sin embargo, de responsabilidades privadas. La familia de Shunya se reducía a su madre, a la que iba a ver todos los sábados a la residencia en Osaka, y un hermano en Yokohama, con esposa y dos hijas, que visita en festividades señaladas. Shunya explora la galería de su móvil en busca de una foto. Es la de una chica sonriente con el pelo recogido en dos trenzas.

—Encantadora... ¿Tu sobrina?

—Mi amiga.

Javi abre mucho los ojos y contiene la pregunta. Cuántos años tendría, ¿quince? ¿dieciséis?

—Natsuki. Mi amiga de Osaka. Muy simpática.

Javi amplía con dos dedos la imagen en pantalla para ver mejor. La sonrisa de Natsuki le sigue pareciendo la de una colegiala, como esas chicas de los maid café en Akihabara.

—¿No es muy joven para ti?

—Ji, Ji. No.

MIÉRCOLES

Plaza Hachiko. Javi busca con la mirada a Shunya entre la multitud de los que esperan también a la salida del metro. Otra vez se siente rodeado de lolitas y efebos cosplay recién salidos de la peluquería con el pelo teñido de rosa, blanco, verde, azul. No pare-

cen del todo reales, sino prototipos, replicantes. Poshumanos. Sus ganas de llamar la atención son tan obvias como misteriosas. Tan superficiales que parecen subversivos. Como si llevaran una protesta en el corazón de su frivolidad infantiloides. Natsuki, la amiga de Shunya, debía ser así. ¿Qué hacía un tipo como él con Natsuki?

Shunya llega turbado. Puntual pero turbado. Habían planeado ir a Roppongi, pero su asistente le propone quedarse en Shibuya. Javi no se lo va a discutir; lo ve tan serio. Habrá tenido un mal día. Una bronca con los mandamases, por su culpa, quién sabe.

Shunya se echa a andar a buen paso. Pasos cortos, precisos, de sandalia geta de madera bajo el frufrú del kimono. Y Javi lo sigue por los callejones, detrás de las grandes avenidas, entre un abigarramiento de tiendas, cafés y restaurantes con la sensación, que no se quita de encima, de estar en un videojuego.

—¿No querías entrar en un pachinko?

—Bueno, me gustaría saber de qué va, pero ¿no es demasiado temprano?

Shunya ignora el comentario y se mete en uno de los muchos pachinkos de la zona. El ruido infernal del salón recreativo asalta los tímpanos de Javi, que se protege los oídos con las manos. La visión no ayuda. El ambiente es epiléptico. Cientos de máquinas tragaperras dispuestas en largas hileras. A ambos lados de interminables pasillos enmoquetados, los jugadores juegan maquinalmente, fuman sin parar y beben whisky. Solitarios, sin risas, sin diversión, entre el fragor constante de bolitas metálicas cayendo en las entrañas de monstruosas máquinas de luces estroboscópicas y aullidos electrónicos. El fuerte ruido y el olor a tabaco lo impregnan todo. A Javi le parece más un taller clandestino que una sala recreativa.

—¿Qué te ocurre? ¿Qué hacemos aquí?

Shunya no responde. Se sienta frente a una de las tragaperras, introduce un billete de mil yenes y a cambio recibe un puñado de

bolitas metálicas. Pide un whisky a la azafata y saca un cigarrillo de su chaqueta. Javi observa, trata de entender el juego. Le recuerda vagamente al flipper de los ochenta. Las bolitas van cayendo por la pantalla perdiéndose la mayoría por el sumidero. En aquella galaxia enmoquetada envuelta en humo, solo se oye el repiqueteo de miles de bolitas. ¿Era ese el famoso pensar sin pensar del zen? Con el cigarrillo en los labios y el whisky en la mano, Shunya adquiere la estampa hierática de jugador profesional. La azafata va trayendo cajas vacías en las que Shunya va depositando las bolitas que caen y caen sin parar. Una encima de otra, las cajas llenas se van acumulando a su lado sobre la moqueta.

—Esto es un agobio. Te espero fuera.

Javi sale aturdido. Al poco aparece Shunya con otro cigarrillo en la boca y dos whiskys en el cuerpo.

—¿Se puede saber qué te pasa?

Shunya no responde y Javi opta por seguir sus pasos hasta una taberna teppanyaki. Se acomoda en la barra y pide un okonomiyaki, una especie de torta con de todo, y un vodka lemon. Javi, una cerveza y se mantiene cauto, a la espera. De repente, Shunya golpea la barra con el puño.

—¡Natsuki no responde a mis llamadas!

Entre desconcertado y harto, Javi le sigue la corriente.

—¿Natsuki? ¿Tu amiga?

—Me he negado a darle dinero.

—Vaya.

—Si no operan a su abuela, se quedará ciega.

—¿Natsuki?

—Su abuela.

—¿Se trata de mucho dinero?

—Cuatrocientos mil yenes. Se ha enfadado y ahora no responde a mis llamadas.

—Cuatrocientos mil yenes —repite Javi—, eso es mucho dinero, ¿verdad? ¿Y no se la puede operar en un hospital público?

—Aquí son privados. Y no la va a llevar a una clínica cualquiera. Es su abuela.

—Shunya, oye, deberíamos hablar de la negociación. ¿Estamos encallados o como va esto aquí?

Shunya, con el vaso de vodka lemon bien agarrado, se lo queda mirando como si viera a un extraterrestre. Después de un trago largo, sentencia:

—Mañana les das los regalos.

JUEVES

Los regalos son repartidos de modo oportuno. A cada cual según su rango, lotes de vino y cava selectos. La propuesta de Motorrecambios Vallés Puch, valorada desde distintos departamentos, fue finalmente aceptada. En la delegación de Osaka, ultimarán los detalles del contrato.

Javi se siente aliviado y exhausto.

—Todo ha ido bien. Ahora hay que relajarse.

—Aún nos queda Osaka, Shunya.

—Mañana. Tomaremos el Shinkansen, cerrarás el acuerdo y te enseñaré la ciudad. Muy bonita. Ahora vamos a relajarnos y luego a celebrar tu último día en Tokio.

Shunya desnudo frente a Javi. Su pecho es blanco, lampiño. Los testículos cuelgan encabalgados como bolas de golf de su escroto dilatado. Sentado en un taburete, Shunya se enjabona a fondo. Alineados en sus respectivos taburetes de plástico, los vecinos de ducha hacen lo mismo, ocupándose de cada rincón del cuerpo con extrema aplicación. Javi no sabe muy bien cómo proceder, no parece una rutina común de baño.

Son dos piscinas de agua caliente y una fría. Hay que lavarse antes y entrar desnudo en el agua. No se admiten ni pústulas ni tatuajes, advierte un cartel también en inglés. Shunya se sumerge en uno de los vaporosos ofuros donde ya descansa Javi, con los ojos cerrados, respirando profundamente entre suspiros de bienestar:

—Ha sido una buena idea venir a un onsen. Se está genial. Te lo agradezco.

—No es un onsen, propiamente. No son aguas termales, son de grifo.

—Ni que sean del retrete mismo. Da gusto abandonarse...

Al abrir los ojos, distingue a Shunya entre los vapores, rodeado de cuatro hombres más. Todos con una toalla en la cabeza. Sonríen al ver a un vellosos gaijin disfrutar de uno de los placeres supremos de la cultura japonesa.

—Maldita sea, voy a salir cocido del baño. ¿Por qué quema tanto el agua? Debe estar a 40 °C mínimo.

—Va bien para la piel y el sistema nervioso. Métete en la de agua helada. Tonifica.

Javi sale del baño de agua caliente en dirección a la sauna. Sus pies se deslizan sobre el suelo mojado y a punto está de resbalar y caer de culo haciendo las delicias de su público. En la sauna, hay un televisor y un montón de bañistas viendo un partido de fútbol de la liga japonesa. Todos de pecho lampiño, media barriga y toallita anudada debajo. Rondando la cincuentena. Simpáticos y paticortos.

Javi se siente pronto mareado. Se recupera con una ducha y se acicala en el vestuario con todos los productos cosméticos, cremas hidratantes herbales en su mayoría, que ofrecen los baños a sus clientes. Como Shunya se toma su tiempo, Javi lo espera fuera, en el vestíbulo, tumbado en un tatami.